

La patria, agradecida, proclama á Napoleón emperador de los franceses. (Por Carlos Vernet)

## CAPÍTULO PRIMERO

### PRIMER AÑO DE IMPERIO

LA CONSAGRACIÓN. — CAMPAMENTO DE BOLOÑA. — TERCERA COALICIÓN

La época del Consulado fué la más gloriosa y próspera de Francia.

El Imperio, que parecía su complemento, no dejó de despertar ciertos recelos en los hombres previsores; sin embargo, no eran infalibles sus predicciones, dependiendo de la manera que el nuevo soberano usara de su poder. Muy difícil era realmente su situación, ya que tenía que luchar en el exterior con ambiciones tan grandes como la suya, pero de las que Napoleón podía triunfar apoyado por la nación francesa.

«Si mi hermano, dijo Luciano Bonaparte, pudo trocar tan fácilmente su gloriosa é invencible espada republicana por el cetro de los monarcas, fué sin duda porque debió creer, y ha creído en efecto, que no podría de ningún modo, y sobre todo que no querría en absoluto renegar de las ideas francamente liberales profesadas por el primer Cónsul... La corona otorgada al general Bonaparte, y que entonces constituyó una verdadera legitimidad, no fué, no, en modo alguno

el símbolo de la esclavitud, al que voluntariamente quiso someterse un pueblo regenerado al grito de libertad de la Revolución de 1789; fué, por el contrario, una revelación del poder de este mismo pueblo, ya que procedía de su voluntad soberana.»

La Santa Sede hizo por la nueva monarquía lo que no había hecho por Carlomagno: el Pontífice vino á París para consagrar á Napoleón, quien por su parte había demostrado su deferencia hacia el clero encargando á Portalis el ministerio de Cultos, creado en 10 de Julio, estableciendo, en 6 de Agosto, las misiones extranjeras y protegiendo los seminarios. El día 2 de Diciembre de 1804 se verificó la consagración en Nuestra Señora con inusitada pompa, como puede verse por los grabados que ilustran este capítulo. Se trató, en el Consejo de Estado, de realizar esta ceremonia en el Campo de Marte, como un recuerdo de la fiesta de la Federación, pero á ello se opuso Napoleón haciendo observar que «entonces el pueblo era soberano, por lo cual todos los actos debían ser públicos, mientras que ahora se ha de evitar que continúe en tal creencia.» «Calcúlese,—añadió,—el efecto que producirían el Emperador y su familia, con sus magníficos trajes de corte, expuestos á las inclemencias del tiempo, al barro, al polvo y á la lluvia. ¡No les faltaría más á los parisienses, tan amantes de ridiculizarlo todo, y que están acostumbrados á ver á Cherón, en la Ópera, y á Talma, en el teatro Francés, desempeñar mucho mejor que yo el papel de Emperador!» Terminadas las ceremonias de rúbrica, al aproximarse el Papa al sitio donde estaba la corona para cogerla y colocarla en las sienes de Napoleón, éste, que atentamente observaba sus movimientos, se le adelantó y se la puso él mismo en la cabeza. De esto modo, y para terminar de un golpe las largas discusiones que se habían suscitado respecto á este punto, zanjó, como lo había prometido, «la dificultad sobre el terreno.» Otras decepciones hubo de experimentar también el Pontífice, pues confiaba alcanzar del Emperador que renunciase á los *Artículos orgánicos* y le concediera las Legaciones, pero nada de esto pudo obtener. Sin embargo, no fueron todo decepciones en su viaje, pues gozó de sorpresas verdaderamente agradables, encontrando á su paso un pueblo completamente distinto de la Francia revolucionaria que le habían pintado los emigrados, y en todas partes la masa de la población le acogió con el más profundo

respeto, estando á punto de producirse algunos accidentes á causa, precisamente, del entusiasmo con que fué recibido.

Sin interesarle tanto, no dejó de causarle menor sorpresa el encontrar en este Imperio, que sólo tenía de vida algunas semanas, una corte perfectamente organizada, habiéndose restablecido los antiguos cargos y dignidades de la época de Luis XIV. Fesch desempeñaba el cargo de gran limosnero, Berthier el de montero mayor, Talleyrand



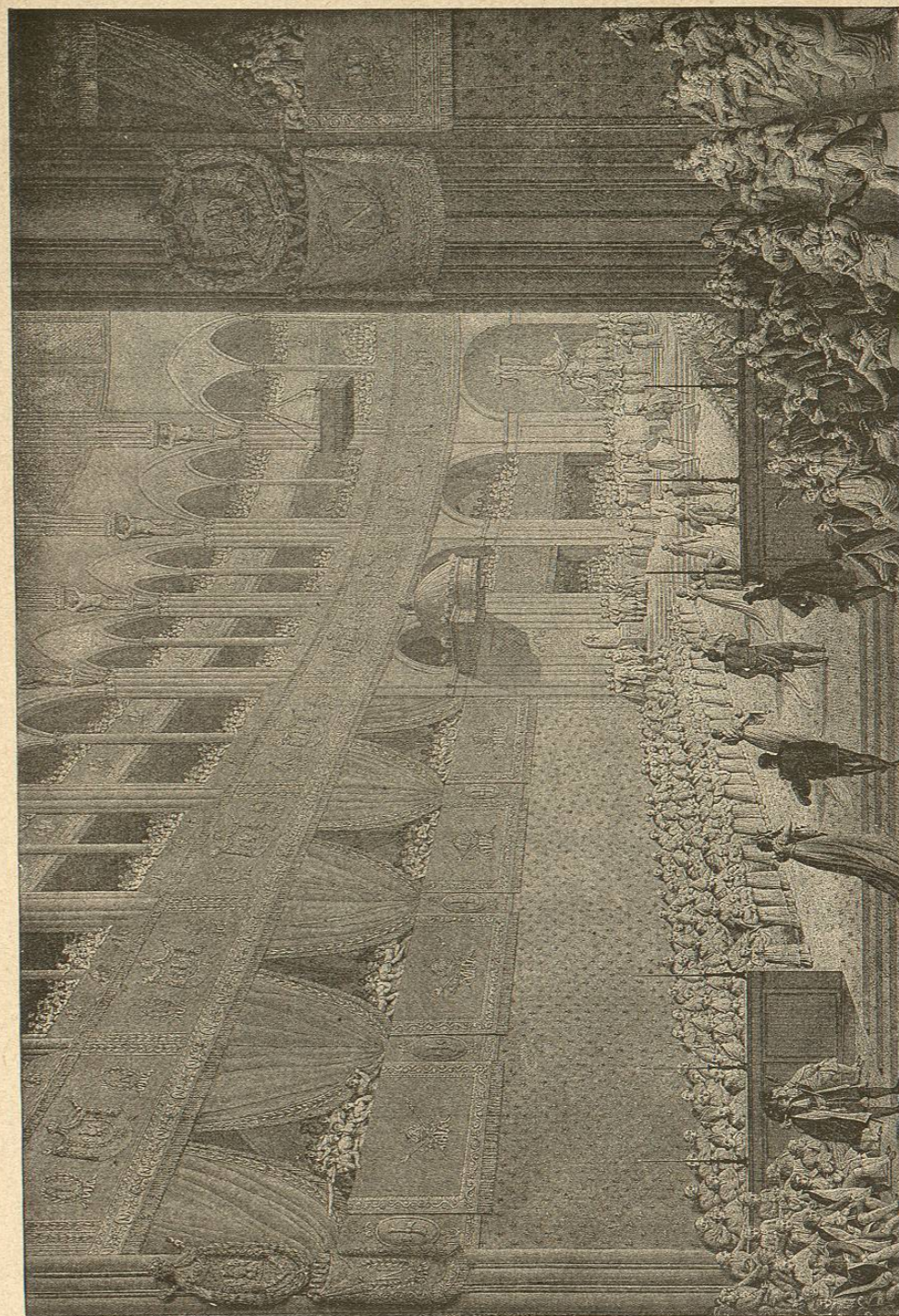
Napoleón recibe en el palacio de Saint-Cloud el decreto que le proclama emperador de los franceses (18 de Mayo de 1804).  
(Cuadro de Rouget, Museo de Versalles)  
Cambaceres, presidente, y Lebrún entregan el senado-consulta al primer Cónsul. Junto á él se hallan: su esposa, la hija de ésta Hortensia, y su hermana Mad. Murat (Carolina Bonaparte) algo apartados, ayudantes y altos empleados de servicio.

el de gran chambelán, Duroc el de gran mariscal, jefe de palacio, y Segur el de gran maestre de ceremonias, cuya misión, no siempre feliz, era «la de enseñar á la nueva corte las ceremonias de la antigua;» muchas familias de la primera nobleza, aun de las más distinguidas, se aproximaron al nuevo gobierno, figurando en la corte de Napoleón los Larochehoucauld, los Montmorency, los Noailles, los Choiseul, los Luynes, los Chevreuse, y fácil es de comprender que al lado de semejantes nombres figurasen otros muchos que, menos adictos al pasado, habían tenido también menos escrúpulos en verificar esta conversión, que el patriotismo y el buen sentido bastan á explicar. Preciso es confesar también que los cortesanos no renuncian

fácilmente al sistema de vida de la corte y que vuelven á ella tan pronto como se les presenta ocasión. Hume hace resaltar este hecho á propósito de Cromwell, y puede reproducirse su observación con respecto á los plebeyos ennoblecidos por el Imperio en la Restauración de 1814. Cuéntase que poco después del regreso de Luis XVIII, encontrándose Berthier en la real cámara con el príncipe de León, le habló de su adhesión común á la familia real. «Efectivamente,—respondióle el príncipe,—aunque hay grande diferencia entre nosotros, pues vos sois adicto á la casa, como los gatos, y yo al monarca, como los perros.» Debilidades son éstas demasiado humanas para que podamos criticarlas con severidad. Napoleón tuvo, pues, una corte numerosa y espléndida. «Una corte menos aparatosa, y en la que se hubiese notado el cambio que las revoluciones habían producido en las ideas, hubiera tal vez satisfecho menos la vanidad, como dice Madama de Remusat, pero hubiera alcanzado ante el público mayor consideración.»

Mientras en el palacio de las Tullerías menudeaban ya las intrigas, las querellas pueriles y las decepciones más crueles, por nimiedades de etiqueta, aun entre los individuos de la familia de Bonaparte, la atención del país estaba vivamente concentrada en otras grandes empresas que realizaba ó preparaba el gobierno y que le preocupaban mucho más seriamente que los salones de París. Los maravillosos triunfos de Ulm y de Austerlitz iban á echar los verdaderos fundamentos del Imperio y á consagrar sus águilas. Por cierto que hasta en el Consejo de Estado se discutió el emblema que debía substituir al gallo republicano, proponiendo un consejero que fuese el elefante, y otro un león tendido, con la divisa: *Inoffensus quiescit*. Napoleón optó por el águila, á propuesta del Director del Museo, porque el águila estaba ya considerada generalmente como emblema del poder imperial. La distribución de las águilas al ejército se verificó en el Campo de Marte al día siguiente de la Consagración (3 de Diciembre) y las tropas, al recibirlas, prestaron juramento de fidelidad al Emperador.

La proclamación del imperio excitó todavía más el odio salvaje que la aristocracia inglesa profesaba á la Francia de 1789. Por este hecho, decía, «Francia se ha atrevido á colocar, en la persona de



Las ofrendas en la Catedral de nuestra Señora en la coronación de la coronación. (Dibujo de Isabey y de Fontaine)